

## La reproducción de las contradicciones

Querido director:

Yo no tengo, en mi fuero interno, la más remota duda de que los socialistas están sinceramente preocupados por instalar en España un sistema de libertad y darle al país un tinte europeo que le aproxime a los otros países en los que el Partido Socialista se ha convertido en la otra rueda de turno con los conservadores. De esto no me queda la menor duda. Lo que, a medida que veo su acelerada actuación, me está intranquilizando cada vez más es el recuerdo de sus antiguos compañeros que, entre las dos guerras, fueron conducidos a contradicciones, las cuales acabaron con los propios partidos socialistas en Rusia, en Alemania, en Austria, en Italia y aquí mismo, en España. No es sólo que, en la política internacional, por ejemplo, hayamos caído exactamente en los mismos errores que cayo, durante los años de la década del veinte, el Partido Socialista alemán de entonces o el inglés de la catástrofe del año 24, el italiano que provocó el fascismo, el austriaco que acabó siendo desalojado a cañonazos de la hermosa y ejemplar «ciudad obrera» levantada por el municipio socialista en Viena. Es más que eso.

A mí, que viví parte de aquellos periodos socialistas europeos y las consecuencias de otros, lo que, con aire de razonabilidad, estamos haciendo aquí me parece que es la reproducción de las contradicciones, entre un ideologismo rígido, con lo que todo era justificado; un reglamentarismo ingenuo, del que se asumía que era el «ábrete sésamo» social, y un amor irreflexivo por la libertad utópica, que hicieron imposible la gobernación de Europa entre las dos guerras. Ignoramos el socialismo de después de la última guerra, que, convertido a la socialdemocracia, ha sido un éxito en Alemania, en Inglaterra, en Austria, por doquiera, sin excluir ni siquiera Francia, y que podía convertirse en un éxito aquí, ahora, para imitar el socialismo fracasado de entre las dos guerras que llevó al comunismo y al fascismo.

Para cualquiera que sepa algo de Europa y se haya tomado el trabajo de estudiar la evolución y la experiencia socialista durante los últimos sesenta años, ¿cómo es posible, señor director, que a estas alturas salgan nuestros socialistas con un proyecto tan absurdo, anacrónico y desacreditado como el que pretende someter a unidad las discrepancias, dentro del Partido Socialista Obrero Español, a base de reglamentarlas?

Por un lado, nuestros socialistas proclaman la libertad del señor Castellano, y por otro declaran nada menos que lo siguiente, que copio del periódico «El País»: «No podrán (el señor Castellano y los demás compañeros del grupo crítico), no podrán criticar en los me-

dios de comunicación externos al partido, ni las resoluciones de los congresos nacionales, ni la labor del Gobierno, ni los acuerdos de la comisión ejecutiva o de los comités regionales.»

¿Se da usted cuenta la confusión de que hay que ser víctima cuando puede creerse que ese acuerdo, alcanzado en la conferencia socialista, entre la tendencia oficial y la crítica, es una forma de convivencia libre en vez de una aplicación mecánica del reglamentarismo estéril en que se hundió el socialismo marxista? Yo le recordaba a usted el otro día al zar Alejandro II, cuando dijo que en Rusia todo el mundo era libre de decir lo que se le antojara, «con la sola condición de que lo que se le antojara» coincidiera con la opinión del propio Alejandro II.

El zar creía de buena fe, probablemente, que esto era libertad.

¿Es la del zar la libertad que don Alfonso Guerra le ha concedido, para suprimir las discrepancias, a sus compañeros los señores Gómez Llorente y Castellano? Lo más grave de todo es que esto está teniendo lugar cuando lo que, en la conferencia de los últimos días, el PSOE llama «corrientes organizadas», aunque existieron y fueron reconocidas en los partidos socialistas europeos de entre las dos guerras, no han tenido cabida en ninguno de los partidos europeos después de la última, con excepción del inglés.

Lo de Wehner, en Alemania, fue una tendencia, pero no fue «organizada». El grupo llamado Tribune, por el nombre de la revista que es su órgano, es el único «organizado» que ha habido (en Inglaterra) desde los «independentistas» de los años veinte (pues Bevan no tuvo tampoco nunca «organización»), y es, precisamente, al que se debe (conjuntamente con la demoleadora labor izquierdista de Wedgwood Benn) la descomposición en que ha entrado, ahora, el laborismo inglés, el cual está en peligro de verse desbaratado.

Meter en la jaula y domesticar a sus críticos no digo yo que este mal. Lo que no está bien es hacerlo tan mal, con procedimientos ya periclitados y que hacen mofa de la libertad.

¿Qué es, señor director, una libertad que comienza por impedir que se ponga en tela de juicio nada de lo que haga y haya decidido el partido? De esa misma libertad que nuestros socialistas le conceden a sus críticos también gozan, además de los súbditos de Alejandro II, los fascistas, los comunistas, los devotos del «advenimiento del séptimo día» y los ciclistas. ¿Es que el general Franco le impedía a nadie la libertad con tal de que no criticasen las

«leyes fundamentales» o el Movimiento? A fe mía que yo no veo cuál es la libertad que el Partido Socialista le va a conceder, después de hoy, al recto espíritu, la sería ideología y los firmes propósitos marxistas del profesor Gómez Llorente que no le concediera ya el general Franco.

Lo que pasa es que para tener libertad dentro de un partido, el partido en que uno tiene que estar es conservador. Nadie le pidió nunca a Churchill, entre el año 29, cuando los conservadores perdieron las elecciones, y el año 39, cuando Hitler desencadenó la guerra, ninguna clase de responsabilidades por los discursos que Churchill pronunciaba por el mundo entero contra la política internacional de Baldwin, primero, y después, de Chamberlain. O por los artículos con que avisaba en los periódicos de todo el mundo, incluyendo «La Vanguardia», sobre el doble y común peligro del nazismo y el comunismo. Ahora mismo, Mr. Heath no ahorra flagelaciones contra la política de Mrs. Thatcher, tanto internacional como nacional, y no por eso se le ocurre a nadie amenazarle con echarle del Partido Conservador. El Partido Conservador inglés es el único europeo donde (ahí sí) hay «tendencias organizadas». Basta con mencionar el Club 21 y el Monday Club, compuestos los dos por parlamentarios, a los que si alguien decidiera, en cualquier asamblea o conferencia, lo que pueden criticar y lo que no pueden criticar, la risotada se oiría en la calle de Ferraz.

A mi modo de ver, señor director, y le agradezco que usted me lo permita decir, lo que está pasando aquí, y lo que la conferencia socialista de estos últimos días pone una vez más de manifiesto, es que, habiéndole añadido a nuestra idiosincrasia, así como a nuestra intolerancia, la mezcla del amor por la libertad, que late siempre, aunque pocas veces se impone, en el corazón de los españoles y, todos esos elementos, el reglamentarismo y el perfeccionismo que los socialistas arrastran de la época de la preponderancia marxista, aquí corremos el peligro, cada vez más vehemente, de armarnos el lio como el que se armaron los italianos (Mussolini era un socialista), los ingleses poco después, los alemanes, los austriacos o el que nos armamos nosotros aquí (no se olvide tampoco que también el señor Carrillo era un socialista e hijo de un socialista, nobilísimo, por cierto). Lo que los socialistas hicieron respecto a su sector crítico es una mofa de la libertad, y la libertad, tan generosa en otros aspectos, no suele ser excesivamente comprensiva para los que de ella se mofan.

Augusto ASSIA